

razón. El último prohibió á estos pueblos acercarse más de 1,500 pasos á los desembarcaderos, y más de 1,000 del resto de la costa, y todo aquel litoral se dió á los masaliotas, que debían hacer la policía por Roma. Los voconces, contra los cuales no tenía Marsella ninguna queja ni reclamación que hacer, compartieron la suerte de los ligures; pero esta vez conservó Roma lo que había conquistado, estableciéndose de asiento entre el Ródano y los Alpes, para lo cual construyó en un bello sitio, que regaban aguas termales, un *castellum* que tomó el nombre del procónsul, *Aque Sextia*, Aix (122). Con esto, en lugar de pueblos bárbaros, en el fondo poco peligrosos, se vió Marsella rodeada de tierras pertenecientes ya á su poderosa aliada. Bien debió prever que este círculo no tardaría mucho en estrecharse sobre ella misma.

No bien tuvo murallas la ciudad de las *Aguas Sextias* cuando ya la actividad romana removía á todos los pueblos establecidos en el valle del Ródano. Tres grandes tribus dominaban allí, poderosas de suyo y por su clientela: á la orilla derecha del río, los arvernios, cuyo territorio se extendía al Oeste mas allá de las montañas que llevan aun su nombre; á la orilla izquierda, hasta el Isere, los alóbroges, y entre el Saona y el Loira, los eduos. Este último pueblo, enemigo de los otros dos, consintió en entrar en la alianza de Roma, y creyendo el nuevo cónsul Domicio Ahenobarbo, que en caso de necesidad podrían los eduos hacer una importante diversión, envió á reclamar con altivez un jefe salio, refugiado entre los alóbroges.

Por toda contestación, se armaron éstos y descendieron hasta cerca de *Vindalium*, á la confluencia del Sorgo y del Ródano, donde los esperaban los romanos. Veinte mil bárbaros cayeron al filo de la espada de las legiones (121).

El año siguiente, conducidos los romanos por Fabio, hermano de Escipión Emiliano, pasaron á su vez el Isere; pero el rey de los arvernios, Bituit, los atajó de repente lanzando contra ellos doscientos mil galos, que habían pasado el Ródano en barcas y maderos. Cuando el rey bárbaro, montado en su carro de plata y rodeado de su jauría de combate, vió el escaso número de los legionarios: «¡Bah! exclamó: no hay para una comida de mis perros.» Sin embargo, la disciplina, la táctica, y sobre todo, los elefantes, vencieron aquella inmensa multitud, haciendo perecer en el campo de batalla ó en las aguas del Ródano por el hundimiento de los puentes de barcas, nada menos que á ciento veinte mil bárbaros, según algunos autores.

Algún tiempo después, atraído Bituit por Domicio á una conferencia, fué preso, cargado de cadenas y conducido á Roma. El senado no se atrevió á arriesgar á las legiones en las montañas de la Auvernia; pero Fabio recibió la orden de agregar á la provincia todo el país que envuelve el Ródano desde el lago Lemán hasta su embocadura. Los alóbroges fueron tratados duramente, los cavares, al contrario, obtuvieron grandes privilegios y los vocones el título de pueblo federado. En la Galia, como en Italia, repartía desigualmente Roma sus favores y sus odios, para evitar que una misma opresión reuniera á los vencidos en un odio común.

Los cónsules de los años siguientes pasaron el Ródano y dieron á la nueva provincia por frontera occidental la cadena de las Cevenas y las Corbieras; los volcos tectósagos, dueños de Tolosa, aceptaron también el título de aliados de Roma. La colonia de Narbo Marcio (Narbona), puesta, como indica su nombre y como pedía su situación excéntrica, bajo la protección especial del dios de la guerra, debió velar por los nuevos súbditos (118). Asentada junto á la embocadura del Aude al extremo de la inmensa depre-

sión por donde pasa hoy el canal del Mediodía, vendrá á ser andando el tiempo la rival de Marsella, cuando los romanos hayan hecho de Burdeos el otro gran centro comercial de Entre-Dos-Mares. Una vía militar comenzada por el vencedor de los alóbroges, la *vía Domicia*, y continuada desde los Alpes hasta los Pirineos aseguró las comunicaciones de Roma con sus posesiones españolas (1).

Desde la victoria de Zama, hemos visto que los cónsules vencedores tomaban pomposos sobrenombres; Fabio, por no ser menos, tomó el de *Alóbrogico*. En Grecia el derecho de gentes no permitía eternizar los odios, erigiendo en el territorio de los vencidos un monumento duradero de su derrota, y esta costumbre había pasado á los hábitos de los romanos. Pero los bárbaros no merecían al parecer tan generosos miramientos: en el campo de batalla de *Vindalium*, Fabio elevó un templo á Marte, otro á Hércules, y entre los dos colocó sobre una torre de piedra un trofeo de armas galas (2).

Los templos y los trofeos han desaparecido sin que reste el menor vestigio de ellos; pero subsiste un monumento más modesto de las victorias de Domicio: es una inscripción, la primera que los romanos hubieran escrito en galo, y que el hombre «con cara de hierro,» como L. Craso lo llamaba, hizo grabar en el flanco de una de las altas montañas de la Provenza. Una feliz casualidad ha hecho que se encuentre.

La provincia transalpina guardada por sus dos establecimientos militares de Aix y de Narbona (3), defendida por los tectósagos y los eduos, recientes aliados de Roma, era como un punto avanzado, donde el senado tenía á raya y vigilaba á los pueblos galos. Allí era donde Mario iba á salvar á Italia.

## II. — LOS CIMBROS EN LA GALIA. — BATALLA DE AIX (102).

Aun estaba la Cisalpina bajo la impresión del espanto que había causado, en 118, la aparición de los escordiscos á la otra orilla del Adriático, cuando se supo sucesivamente que trescientos mil cimbro y teutones, retrocediendo ante un desbordamiento del Báltico, habían pasado el Danubio, devastaban la Nórica y estaban ya en el valle del Drave á dos jornadas de marcha de los Alpes Cárnicos. El cónsul Papirio Carbón corrió á estas montañas con numeroso ejército para defender el paso que las atraviesa.

Los bárbaros estaban entonces ocupados en el sitio de Noreya, floreciente por sus minas de hierro, Papirio creyó poder sorprenderlos con una perfidia; pero sufrió una sangrienta derrota (113). Fuera que el nombre de Roma impulsara á los bárbaros, fuera que los restos del ejército consular, salvados por una tempestad, guardaran los desfiladeros, ello es que los bárbaros se detuvieron al pie de los Alpes Cárnicos, y por espacio de tres años, la Nórica, la Panonia y la Iliria, desde el Danubio hasta las montañas de la Macedonia, fueron horriblemente devastadas.

Cuando no hubo ya nada que asolar, atravesaron los bárbaros la Recia y entraron en tierra de los helvecios, establecidos entonces entre el Mein y el lago Lemán (Suiza y Suabia). Una parte de este pueblo, los tugenes, los tigurinos, los ambrones, otros germanos ó celtas, cuyo origen se

(1) Estas guerras son contemporáneas de las expediciones de los dos Metelos contra los dálmatas en 117 (Tito Livio, *Ep.*, LXII) y contra los baleares en 123 (Ibid., LX). De aquí sacaron dos sobrenombres: el *Dalmático* y el *Baleárico*. Este último había exterminado en Mallorca toda la población viril y repobló la isla estableciendo en ella una colonia.

(2) Strab., IV, p. 185. — Flor., III, 2.

(3) Aix no vino á ser colonia hasta el tiempo de Augusto.

ignora, se aprestaron á seguirlos, y todos juntos enderezaron á la Galia á lo largo del Rin.

Hasta entonces los celtas habían dominado al Norte de los Alpes itálicos é ilirios, mientras otra rama de la gran familia ariana, los germanos, acumulaban tras sí, allá en las regiones septentrionales, innumerables tribus y éstas, á su vez, derramaban en el valle del Danubio su sobrante de hombres. No era una banda guerrera en busca de aventuras, sino un pueblo entero, con sus mujeres, con sus hijos, con sus ganados, con sus carros guarnecidos de tiendas de acero, donde llevaban todo su ajuar y provisiones, el cual pueblo venía al Mediodía buscando un cielo menos inclemente, ó mejor dicho el botín de naciones ricas y tierras fértiles donde el vencido sembrara y recogiera para ellos. Al ver sus grandes cuerpos blancos, sus rojizos cabellos, sus ojos azules, que se inflamaban tan pronto de ferocidad, los hombres pequeños y de tez morena de las provincias italianas comprenderían que encontraban una raza por siempre enemiga. La palabra *cimbro* ó *cimbrio* quería decir *bandido* (1), y por espacio de cinco siglos los germanos dieron á los romanos el derecho de llamarlos así.

Las costumbres de los cimbro los colocaban por debajo de la escala social: solían devorar la carne cruda; como el indio de las praderas, insultaban á sus enemigos antes de combatir con groseros movimientos y gestos de desprecio, y luego daban su grito de guerra. Cuando el enemigo era temible, avanzaban en cerrada falange, cuyas primeras filas se aseguraban con cuerdas que enlazaban á los combatientes por la cintura, y así, peleaban bravamente. Caer en la pelea era para ellos la muerte más honrosa; y cuando vencían, celebraban su victoria con orgías sin fin y furores bestiales. Si habían prometido á sus dioses consagrarles el botín, entonces todo era destruído, hombres y cosas. Así, pues, por donde quiera que el capricho de sus jefes los llevaba, no sino parecía que había pasado un huracán asolador (2).

Tal fué la aparición de la raza germánica á las inmediaciones del mundo civilizado; pero nuestros galos habían sido también terribles en la Grecia: en todas las razas la barbarie es la misma. ¡Dichosas de aquellas que no han conservado nada de ella!

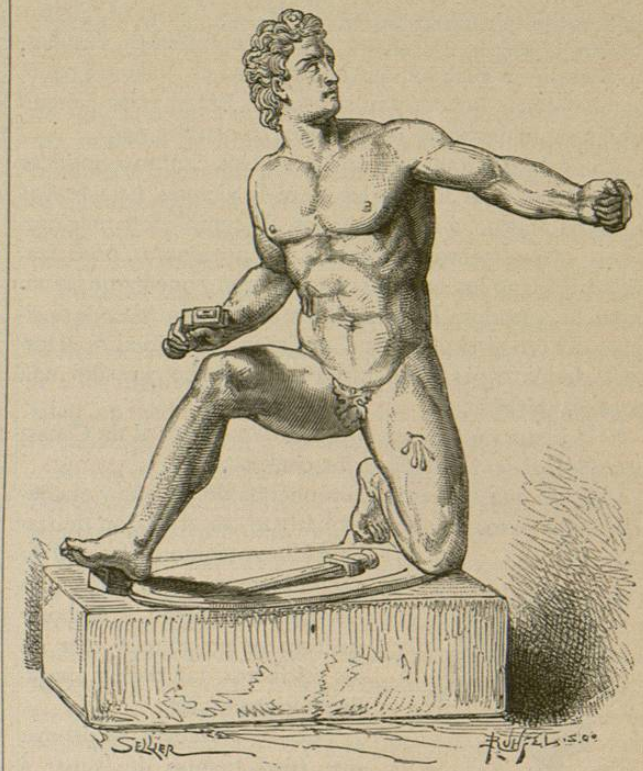
En los *kimris* de la Bélgica, los cimbro reconocieron hermanos; hicieron alianza con ellos y dejaron bajo su protección con guardia de seis mil hombres todo el botín que embarazaba su marcha. Después descendieron al Mediodía y la Galia sufrió durante un año los males de la más terrible invasión (110).

Llegados que fueron á las márgenes del Ródano encontraron otra vez á aquellos romanos, que habían encontrado ya en sus correrías hacia el Oriente, en Iliria, en Macedonia y en Tracia. La inmensidad de este imperio cuyas fronteras encontraban por todas partes los llenó de asombro, y retrocediendo por la primera vez ante una batalla, solicitaron del cónsul Silano, que les diera tierras donde establecerse, ofreciendo en cambio hacer por la república todas las guerras que quisiera. «Roma, contestó Silano, no tiene tierras que dar ni servicios que recibir.» Después pasó el Ródano y se hizo batir (109); los coligados no pudieron, sin embargo, forzar el paso del río.

En la primavera del año siguiente se dividieron: los tigurinos se encaminaron hacia Ginebra, donde el Ródano ofrecía vados; los cimbríos y los teutones debían atacar por la parte baja del río.

(1) Plut. Mar., 11; lo mismo en Festo y en Suidas.

(2) No soy yo quien así habla, sino el mismo Mommsen. (*Hist. rom.*, t. V, p. 138, trad. de M. Alexandre.)



Combatiente herido (3)

é interrogado por ellos hubo de intimidarlos con sus animosas respuestas. «Yo os lo aconsejo, les dijo; pasad los Alpes, poned el pie en Italia y sabréis lo que es el poder de Roma.»

Estas audaces palabras irritaron á un caudillo joven y lanzándose sobre el general romano lo traspasó con su espada. Sin embargo, los cimbro vacilaban todavía y en su incuria dejaron pasar un año gozando sus victorias. ¿A qué precipitarse tampoco? ¿Sabían acaso adónde iban? La tierra era fecunda, el clima dulce, el botín inmenso; ¿no tenían allí todo lo que buscaban y apetecían? Hasta dejaron que el cónsul Cepión saqueara la capital de los volcos tectósagos, con los cuales trataban ellos. Estos volcos, según parece, habían traído en otro tiempo del pillaje de la Grecia inmensas riquezas, que hubieron de consagrar al dios Belen, arrojando las barras de oro y plata al lago inmediato á su templo; pero el dios no pudo defenderlos, con estarles tan obligado, de la avidez de los legionarios y de sus jefes. A buscar los tesoros sagrados descendieron al fondo del lago los buzos necesarios, y Cepión recogió del saqueo de

(3) Bella estatua del Museo del Louvre, núm. 50 del catálogo Clarac, y *Mus. de escult.*, p. 280, núm. 2151. El combatiente está herido del costado derecho y del muslo izquierdo.

Tolosa 110,000 libras de oro y 1,500,000 libras de plata, que envió á Marsella, pero apostando en el camino agentes que mataron la escolta y se apoderaron de tan precioso botín (106).

El año siguiente envió el senado un nuevo ejército y otro cónsul, Malio, para que compartiera con Cepión el mando. Fué una disposición imprudente: la mala inteligencia que de aquí se originó entre los dos generales, la separación de sus fuerzas en dos campos á orillas del Ródano, enfrente de Orange, trajeron fatalmente un espantable desastre. Atacados uno tras otro los dos campos, fueron forzados por los bárbaros, los cuales pasaron al filo de la espada ochenta mil legionarios y cuarenta mil esclavos de servicio, haciendo prisioneros á los demás. Se asegura que sólo diez hombres pudieron escaparse, siendo de este número Cepión y un joven caballero romano que encontraremos después, Q. Sertorio, el cual, aunque herido, pasó el Ródano á nado, sin abandonar su coraza ni su escudo. Era el sexto ejército romano que destruía los bárbaros (6 octubre 105).

Antes de la batalla, habían jurado los cimbros sacrificar á sus dioses todo lo que les diera la victoria, para vengar un ultraje hecho á sus diputados. Y cumplieron religiosamente su juramento. Mataron á los prisioneros, precipitaron al Ródano los caballos, y rompieron y quemaron las corazas, los escudos, las armas, los carros, sin reservarse siquiera el oro ni la plata, que arrojaron también al río. Después, de los Alpes á los Pirineos, no hubo ya sino una inmensa devastación.

El desastre de Orange superaba en horror al de Canas; pero Aníbal no conducía á los cimbros.

Llegado que hubieron á las puertas de España y encontrando los pasos abiertos, los bárbaros se olvidaron de Italia. Habían tenido curiosidad de ver esta nueva región, y pasando los Pirineos fueron á embotar sus espadas en aquella raza de los celtíberos, tan dura y apegada á sus montañas.



Aguila romana (1)

Fué la salvación de Roma, que tuvo tiempo de llamar á Mario de Africa y enviarlo á guardar los Alpes, dándole, contra ley, el segundo consulado, á los tres años solamente del primero. Sin embargo, el terror era grande; pero Roma tenía aún de reserva la energía necesaria para hacer frente al peligro. Como después de la derrota de Canas, se abrogó el tiempo del luto, se mandó á todos los italianos en aptitud de tomar las armas que juraran no salir de Italia y se prohibió á todo comandante y patrón de barco que no admitiera á nadie á bordo. Después se dieron satisfacciones á la indignación pública. Un siglo antes, el senado y el pueblo salieron á recibir al fugitivo de Canas: tal y tanto era el respeto que inspiraba la autoridad consular aun en manos ineptas. Ahora no tiene ya la ley esa virtud, y el vencido y fugitivo de Orange será destituido de su *imperium* por medio de un plebiscito.

Mario vino á tomar posición detrás del Ródano al Norte de Arles en la pendiente occidental de los Alpes (104); se rodeó de trincheras, y para asegurar los abastecimientos de su ejército, que no podían llegar cuando los pasos del río no estaban practicables, hizo que sus soldados abrieran un canal que permitía á los barcos de Marsella y de Italia

(1) La Chaussée: *Recueil d'antiq. rom.*, V, 5.

evitar aquellos inconvenientes. Este canal desembocaba en la playa, donde el villajo de Foz recuerda aun el nombre de *Fosse Mariane*. A los legionarios que lo habían abierto, se les llamaba por irrisión *mulos de Mario*; pero con estos penosos trabajos les hacía perder los hábitos de molice introducidos de medio siglo atrás en los campamentos y ocasionados á grandes desastres, como los de las últimas campañas en que había perdido Roma nada menos que seis ejércitos.

Fuera de esto, intransigente con todas las faltas, ninguna consideración podía torcer su severidad. Un joven soldado dió muerte á un sobrino de Mario que lo había ultrajado injustamente; y el cónsul, en vez de vengar á su deudo castigando al soldado, le dió un premio de honor.

También modificó Mario el armamento del legionario, al cual dió un escudo redondo y más ligero, y un dardo que una vez lanzado no podía ya servir, porque el hierro sólo se sujetaba al asta por un clavo y una clavija de palo, y cuando ésta se rompía al choque, el asta quedaba enganchada en el escudo y el hierro caía al suelo, embarazando los movimientos del enemigo, que aun arrancándola, no podía utilizarla haciendo de ella un arma. Quiso también Mario que todos los soldados aprendieran la esgrima, ejercicio absolutamente necesario en un tiempo en que los combates se decidían al arma blanca en una serie de combates.

Antes de Mario, el ejército romano formaba el orden de batalla en tres líneas, y él suprimió una; pero en las diez cohortes, que habían sustituido los treinta manípulos combinó las diferentes armas, infantería ligera é infantería pesada; de modo que cada cohorte de seiscientos hombres fué, como nuestros batallones, una imagen de la legión entera, cuya unidad señaló dando á ésta un solo estandarte, el águila de plata.

Ya delante de Numancia, había creado Escipión Emiliano la guardia particular del general, los soldados del pretorio, *praetoriani*, escogidos entre los más esforzados, exentos de los trabajos del campamento y mejor asistidos que los demás. El nuevo ejército romano no se asemejaba pues al de los antiguos tiempos. Los soldados no estaban clasificados por sus haberes, sino por sus años de servicio; ni siquiera se admitían, si no figuraban en las listas del censo por su propia cabeza, *capite censi*, y los contingentes extranjeros entraban como los proletarios romanos: jinetes nómadas ó tracios, honderos baleares, tropas ligeras de todos los países. Para la guerra de los cimbros se llamaron hasta los contingentes de Bitinia y de Frigia.

Con esto, desdénando los grandes el servicio militar, y no suministrando ya reclutas la aniquilada clase de los pequeños propietarios, vino á resultar que á proporción que el gobierno venía á ser más aristocrático, lo era menos el ejército. Las dos grandes instituciones de Roma, el senado y el ejército, que en otro tiempo formaban un conjunto armonioso, tomaban un carácter opuesto y debían acabar por ponerse en pugna. Vese cómo todo se preparaba para la fortuna de un *imperator*.

No fué Mario el autor de todos estos cambios, pero contribuyó al más considerable abriendo ampliamente las legiones á los proletarios y á los provinciales.

Para familiarizar á sus soldados con las reformas introducidas en el armamento y en el orden de batalla, antes de la llegada de los cimbros, les hizo recorrer toda la provincia, conteniendo á los pueblos con su presencia, y los empleó en expediciones sin duración ni peligro. Así su antiguo cuositor Sila, á quien había llevado como lugarteniente, batió en muchos encuentros á la gran tribu de los volcos tectósagos é hizo prisionero á su rey Copill.

El respiro que dieron los bárbaros había sido pues muy bien empleado, pues restableciendo la disciplina había devuelto Mario á sus legiones la confianza y la seguridad de vencer. Un escritor griego afirma también que dió á su espíritu supersticioso una prenda sangrienta. Advertido por un sueño hubo de inmolar, según este autor, á su hija Calpurnia (1) para tener propicios á los dioses. Plutarco habla también de la profetisa Marta, que lo seguía vestida con una túnica de púrpura y llevando en la mano una lanza adornada de cintas y guirnaldas, y dice que le era útil para dar confianza á los soldados durante los rudos trabajos que les imponía y la larga espera en que los tenían los bárbaros.

Por espacio de tres años Roma espantada hubo de olvidar sus leyes para prorrogar el consulado y el mando de las armas al hombre que prometía salyarla. Al cabo de este tiempo volvieron de España los bárbaros con resolución esta vez de invadir á Italia. Los cimbros tomaron á la izquierda y rodearon los Alpes para descender por el Tirol al valle del Adige, y los teutones marcharon directamente contra Mario. Este no les disputó el paso del Ródano, porque rechazarlos á la margen derecha hubiera sido eternizar la guerra en la Galia. Confiando en sus tropas y en la fuerte posición que ocupaba á la proximidad del mar, de Marsella y de las flotas romanas, esperaba sorprender á los bárbaros en el país montañoso en que iban á entrar en fragante delito de alguna imprudencia ó descuido para exterminarlos de una vez.

Por otra parte quería dar á sus soldados tiempo para que se familiarizaran con el fiero aspecto de aquellas hordas desordenadas y se acostumbraran á ver sin espanto aquella inmensa y ruidosa confusión. En vano multiplicaron los teutones sus retos y ultrajes para atraerlo fuera de sus líneas. Uno de sus caudillos vino un día hasta las mismas puertas del campamento á retarlo á un combate singular. Mario le envió á decir que si tan cansado estaba de vivir que fuera á colgarse; pero insistiendo el bárbaro, le envió un guadiador.

Los legionarios ardían de impaciencia y enojo marcial. «¡Calma! les decía Mario, lo importante no es precisamente ganar una victoria, sino impedir que esa nube preñada de rencores vaya á descargar sobre Italia.» Entretanto, se informaba cuidadosamente de los proyectos del enemigo, y Sertorio que hablaba la lengua gálica, penetraba todos los días, á favor de un disfraz, en el cuartel de los ambrones.

Impacientes los teutones procuraron forzar el campamento; pero después de tres ataques inútiles, se decidieron á pasar adelante. Se dijo luego que estuvieron desfilando á vista de los romanos por espacio de seis días enteros sin que se hubiera interrumpido su marcha; y cuando pasaban bajo las trincheras se les oía gritar: «¡Vamos á ver á vuestras mujeres. ¿Tenéis algo que decirles?»

Mario los siguió á jornadas cortas, acechando una ocasión favorable, que naciera de la misma confianza inspirada á los bárbaros por su aparente timidez (2).

Llegado que hubieron los bárbaros cerca de Aix, hicieron alto, y encontrando Mario el paraje favorable para una batalla, se estableció enfrente del enemigo en una fuerte posición que le ofrecía una colina, desde donde se dominaba el valle del Arco. Sólo que faltaba agua á tal altura, y cuando los soldados se quejaron de esta privación, Mario les indicó el río que bañaba el campo de los bárbaros: «¡Tremos á buscarla allí; pero será preciso pagarla con sangre. Co-

(1) Dorotheos, *ap. Script. Alex. M.*, p. 156, edic. Didot.

(2) No se comprende cómo no intentó cortar con un ataque repentino aquella fila inmensa y desordenada sin duda. Con toda evidencia, Mario no tenía más cualidades de general que de político.

mencemos por fortificar nuestro campamento.» Desde la posición en que estaban los romanos, veíase á los ambrones dispersos por la llanura, unos sentados y comiendo, otros bañándose en el Arco y en las fuentes termales, este peinándose la lengua cabellera, aquel limpiando sus armas; y más lejos, detrás del recinto de los carros, las sacerdotisas con vestiduras blancas, prendidas con un cinturón de hierro, celebrando acaso sus ritos fúnebres, es decir degollando algún prisionero junto á una caldera de bronce para predecir la suerte de la próxima batalla por medio de la sangre de la víctima.

A pesar de todo, los esclavos del ejército romano que no tenían agua para sí ni para el ganado, se arriesgaron a bajar en multitud al río, en vista de la negligencia y desorden de los ambrones. Los bárbaros, que se creyeron atacados, acudieron á las armas y volvieron golpeando sus escudos á compás y marchando en cadencia al extraño son de aquella música salvaje. Pero en el paso del río rompieron su orden de formación, y no habían tenido tiempo de restablecerla, cuando los romanos cayeron sobre ellos desde su elevada posición y los acometieron con tanto ímpetu y arrojo que los obligaron, después de una gran matanza, á buscar un refugio detrás del recinto de sus carros.

Pero los ambrones encontraron allí un nuevo enemigo; las mujeres, que rechinando los dientes de rabia y de despecho, se lanzaban al encuentro de ellos y herían igualmente á los fugitivos y á los que los perseguían; ó bien se arrojaban en medio de los combatientes y con las manos se esforzaban en arrancar á los legionarios sus espadas.

El día declinaba ya y los teutones que no habían combatido se venían encima. El general mandó retirada y las legiones no llevaron más adelante la pelea.

Durante el combate se había oído el mismo grito de guerra por una y otra parte. ¡*Ambrá!* ¡*Ambrá!* Eran los ambrones que daban su nombre á los aires, y los ligures de Italia, auxiliares de Roma, que contestaban á él con su antiguo grito de guerra. Los dos pueblos, hermanos acaso, se encontraban frente á frente en un combate, después de una separación de diez siglos ¡de mil años! (3).

Los romanos se restituyeron á su puesto al oscurecer; pero el ejército no dejó oír cantos de victoria, como era natural, después de la obtenida, porque el campamento no tenía completas las trincheras ni la línea de defensa que había de cerrarlo, y quedaban multitud de bárbaros que no habían tomado parte en la acción. Toda la noche estuvieron estos dando gritos mezclados de amenazas y lamentos; hubiérase dicho aullidos, rugidos de animales fieros, y los siniestros ruidos que resonaban en las montañas vecinas llevaban el terror al campamento romano. Mario esperaba un ataque nocturno, cuyo desorden temía. A dicha, los bárbaros no salieron de su campo aquella noche ni el día siguiente tampoco.

En la segunda batalla, dada dos días después de la primera, hubieron de renovar los bárbaros su imprudente ataque contra la colina, en que Mario se había hecho fuerte con hábil elección, y adonde los atrajo con la fuga simulada de su caballería. Rechazados de frente y perseguidos en su fuga por las legiones, y luego sorprendidos por un cuerpo de tres mil soldados escogidos, que Mario había emboscado oportunamente para que les cortaran la retirada, no pudieron resistirse, y la carnicería fué horrible, como en todas las batallas de la antigüedad, en que el combate era hombre á hombre y el ejército roto y desordenado podía ser ex-

(3) Plutarco dice que los ligures se llamaban en su lengua ambrones, lo que acaso los enlaza con los úmberos ó úmbrios.